Nadie me saluda

Es este mi sentir al estar pasando la cuarentena en una casa que no es la mía, en un barrio que no es el mío, con esposa e hijo a bordo, como supongo a miles les está pasando.

Por primera vez en muchos años las personas no responden a un saludo de buenos días, el miedo al virus o lo fastidioso que es hablar con tapabocas pueden ser las explicaciones. La ley marca que el uso en espacios públicos del cubrebocas es obligatorio y no dudo que a más de uno le place no hablar con algún vecino poco gentil.

Fui al mercadito que se pone a 3 cuadras de la casa de mi suegro a comprar frutas y verduras, cuando me entregaron mi pedido pregunte: ¿cuánto es el precio? el vendedor dudo unos segundos en contestar, miró hacia el suelo, acto que según los psicólogos sugiere que se está inventando algo y me respondió una cantidad muy superior a lo habitual; y no fue el único, en otros puestos lo estaban haciendo también y decidí no pedir descuento, pagar y asumir que el coronavirus era el culpable de ese incremento. Después vi en las noticias que esos incrementos eran injustificados y entendí que en aquel mercado estaban tratando de sacar provecho de toda circunstancia que lo permitiera.

Basta con mirar las ventanas con banderas rojas de las familias pidiendo ayuda de alimentos para saber que un pequeño virus nos ha puesto en jaque y a prueba física y moralmente.

De regreso a la casa donde me estoy quedando, pase por un restaurante de cadena y al lado del mismo dos habitantes de la calle se encontraban; una mujer y un hombre, tenían un fuego encendido y en una lata de pintura cocinaban algo. Sacó ella una bolsita con lo que parecía ser un aceite o manteca y le agregó al menú una cucharada, sus objetos en la calle, el calor insoportable y ellos dos ahí en una pequeña sombra. Por supuesto no tenían cubrebocas y creo yo, que ni enterados estaban de la situación sanitaria que pasa el mundo, no los culpo y si me sentí triste por ellos; mejor que no supieran, porque a pesar de lidiar con lo difícil de su situación sumado a de tener que lidiar con este virus traicionero es ya mucho pedir para un ser humano.

Parecía que entre ellos dos había mucha confianza, eran compañeros de la calle y lo que más me sorprendió es que de las cientos de personas que vi en el mercado ninguno tenía una sonrisa tan grande y espontanea como aquellos dos habitantes de la calle, y su gesto amable fue lo más solidario que recibí para sanar mi ansiedad, mis miedos y nuestro encierro.